

LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO-COMUNIÓN – I PARTE

24 de Julio de 2018

Redacción - (Martes, 24-07-2018, Gaudium Press) Cuando comulgamos, no somos nosotros los que asumimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino nosotros somos transformados por Él, tornándonos, de algún modo, en el divino alimento que recibimos.



Una época habituada a velocidades casi ilimitadas va acostumbrando a sus hijos a las informaciones breves y sintéticas, en las cuales la reflexión saludable de antes pierde terreno, muchas veces dejando lugar a una desenfrenada ansia de novedades. Ahora, eso puede tornar al hombre propenso a ver su fe menguar por la falta de profundización en el conocimiento de las realidades sobrenaturales.

Tal vez de ese modo se explique la dificultad en abordar, en la actualidad, temas que deberían ser muy conocidos por los fieles. Y lo son, pero de una forma tan superficial que casi equivale a un desconocimiento completo.

Una definición simple en la apariencia

Si preguntásemos, por ejemplo, a algún asiduo frequentador de la Iglesia, cuáles son los beneficios traídos por una Santa Misa, ¿obtendríamos respuesta satisfactoria? Nótese que nos estamos refiriendo a algo profundamente vinculado a la rutina dominical de un buen cristiano...

Y si queremos indagar respecto al misterio de la Sagrada Eucaristía, ¿cuántos estarían en condiciones de exponernos esa verdad de Fe?



Alguien más sagaz dirá: "¡La respuesta está en la Biblia! La Eucaristía es la 'Cena del Señor', instituida 'en la noche en que iba ser entregado' (I Cor 11, 23), conforme las palabras del propio Salvador: 'Tomad, comed, esto es mi Cuerpo' (Mt 26, 26), 'entregado por vosotros' (I Cor 11, 24). Y, tomando el cáliz, lo pasó a los discípulos diciéndoles: 'Bebed todos de él, pues esta es mi Sangre en la Nueva Alianza, que es derramada en favor de muchos, para la remisión de los pecados' (Mt 26, 27-28)".

A primera vista, respuesta completa... Entretanto, dos milenios no bastaron a la Iglesia Católica para extraer todos los tesoros que esa definición, aparentemente simple, contiene. Solamente en ella, vemos aparecer las tres dimensiones del misterio eucarístico: "Tomad, comed", **Sacramento-Comunión**; "esto es mi Cuerpo", **Sacramento-Presencia**; "entregado por vosotros", **Sacramento-Sacrificio**.

Las tres dimensiones de la Sagrada Eucaristía

La Eucaristía, en efecto, podría ser comparada a un triángulo equilátero: si uno de sus lados fuese ampliado o disminuida, él dejaría de ser equilátero. De modo análogo, precisa haber un equilibrio perfecto entre cada uno de esos tres aspectos del Sacramento de la Eucaristía. Si uno de ellos es enfatizado excesivamente en detrimento de los otros, se corre el riesgo de que

el Sacramento pierda su identidad.

A lo largo de la Historia, la Santa Iglesia tuvo por bien realzar uno u otro aspecto de la Sagrada Eucaristía, sea para refutar herejías, sea para atender anhelos de los fieles o conveniencias pastorales, a fin de colocar en el debido equilibrio la doctrina acerca de esa augusta institución de Cristo. Nótese bien, la Iglesia realzó uno u otro aspecto, pero sin distorsionar la realidad del Sacramento.

De gran beneficio para nuestra virtud de la fe será el hecho de detenernos algunos instantes sobre cada uno de esos tres aspectos del Santísimo Sacramento. Comencemos, entonces, por el primero: la Eucaristía como Comunión, siguiendo así el orden de las palabras divinas en el momento de la institución "Tomad, comed".

Trazo de unión entre diferentes naturalezas

Cuando hablamos en Comunión, viene a nuestra mente la idea de comida, unida a una convivencia estrecha, familiar, amigable, en torno de una mesa llena en viandas y caridad fraterna. Propiamente un ágape. En la mesa, de hecho, se restaura las fuerzas, pero también se consolidan las amistades, se dan gracias por beneficios recibidos, se solidifica la unión familiar y destinos de pueblos pueden ser decididos.

Ya en el Antiguo Testamento se encuentran elocuentes pasajes mostrando esa íntima relación entre convivencia y alimento. Recordemos la Pascua hebrea, en la cual familiares y vecinos convivían con extranjeros, suspendiendo temporariamente riñas y desavenencias. Juntos comían hierbas amargas en memoria de dolores pasados, y panes ázimos, para recordar la prisa del éxodo, ocasión en que ni hubo tiempo para fermentar la masa del trigo.

Por otro lado, Abraham llegó a ofrecer pan para restaurar las fuerzas, y un repasto con perfume sacrificial, a tres misteriosos mensajeros celestes (cf. Gn 18, 3-5). En otro pasaje, un Ángel vino en socorro del fatigado e ígneo profeta del Carmelo, Elías, el cual recuperó sus fuerzas después de haber comido el pan angelical, cocido bajo las cenizas con algunas brasas vivas, entregado por el servidor angélico (cf. II Rs 19, 6).

Y es curioso notar el sublime intercambio: Ángeles alimentados por hombres, hombres por Ángeles, y el alimento sirviendo de trazo de unión entre naturalezas tan diferentes... ¿Qué decir, entonces, cuando el propio Dios sirve al hombre con "pan del Cielo" (Ex 16, 3), el maná, alimento que revigorizó el pueblo de la Alianza durante cuarenta años, a fin de que soportase las amarguras y los horrores de la peregrinación?

Sin duda, esos episodios son prefiguraciones de la Eucaristía, alimento de la Nueva Alianza, "verdadero Pan del Cielo" (Jo 6, 48), por medio del cual Él se da en alimento a los hombres.

Por el P. Alex Barbosa Brito, EP

<https://es.gaudiumpress.org/content/96818-La-Eucaristia-como-Sacramento-Comunion--ndash--II-Parte>

LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO-COMUNIÓN – II PARTE

25 de Julio de 2018 / 0 Comentarios

Redacción (Miércoles, 25-07-2018, Gaudium Press)

Verdadero alimento para el cuerpo y para el alma

Nuestro Creador quiso establecer la nutrición como medio de sustento para la vida de la naturaleza humana, pero también quiso servirse de él para ser imagen de algo muy superior en el plano sobrenatural, la vida de la gracia. Mientras el alimento material revigoriza el cuerpo, y ejerce papel fundamental en la vida social, la Eucaristía nutre el alma y es medio insuperable de, en esta Tierra, convivir con el propio Dios y con los hermanos en la Fe.

La Eucaristía es alimento genuino, enseña Cristo en el Evangelio: "Mi Carne es verdaderamente comida y mi Sangre, verdaderamente bebida" (Jn 6, 55). Por tanto, ejercen cierta acción en quien comulga, de modo análogo a lo que ocurre con el alimento material. Entretanto, es necesario distinguir los efectos de uno y de otro.

Cuando alguien se sirve del alimento material, este es transformado por quien lo ingiere y se torna parte integrante del cuerpo de quien lo recibió. Como dice el dictado popular: "el hombre es aquello que come"... Así, por ejemplo, si precisamos de vitamina C, buscamos una dieta adecuada, donde no pueden faltar naranja o acerola; o cuando tenemos necesidad de hierro, vamos a la búsqueda de alimentos ricos en ese elemento.

Efecto cristológico de la Eucaristía

Entretanto, cuando comulgamos el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, por Él ser infinitamente superior a nosotros, no somos nosotros los que lo asumimos, sino nosotros somos transformados por Él, llegando a tornarnos, de algún modo, en el Divino Alimento que recibimos. Al comulgar, podemos entender mejor la exclamación del Apóstol: "No soy yo quien vive, sino Cristo vive en mí" (Gal 2, 20).

¡Es ese el primer efecto que en nosotros produce la Sagrada Comunión, el efecto cristológico, el cual tal vez sea el que toque más a fondo nuestra sensibilidad, pues, por ese medio, Jesús asume la carne de quien recibe la suya! "Soy el pan de los fuertes; crece y me comerás. No me transformarás en ti como al alimento de tu carne, sino te mudarás en Mí", enseña San Agustín. Y San Cirilo de Jerusalén asevera: "Os tornasteis con-corpóreos y con-sanguíneos con Cristo".⁵ Esa es, sin duda, la unión más entrañada que los cristianos pueden tener con Nuestro Señor.

Mediante Cristo, nos unimos entre nosotros

El segundo efecto de la Sagrada Comunión en el alma del comulgante es el eclesiológico: la Eucaristía fortalece los vínculos de unión entre aquellos que son hermanos en Cristo. Ella es "señal de unidad". La propia materia del Sacramento - pan y vino - sirvió de inspiración a los Padres de la Iglesia para llegar a esta conclusión: del mismo modo que el pan está compuesto por muchos granos de trigo y el vino, por muchas bayas de uva, así también los cristianos, aunque siendo muchos y diferentes, forman parte de un solo Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia Católica.

El P. Antônio Vieira, sirviéndose del pasaje del Evangelio que dice "quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en Mí y Yo en él" (Jn 6, 57), comenta: "Si la unión [con Cristo] fuera una sola, bastaba decir: *in me manet* [permanece en Mí] o *ego in illo* [Yo en él]; pero dice *in me manet, et ego in illo*, duplicadamente, para significar las dos uniones que obra aquel misterio: una unión inmediata, con que nos unimos a Cristo, y otra unión mediata, con que, mediante Cristo, nos unimos entre nosotros".



Así, cuando recibimos la Sagrada Comunión, con las debidas disposiciones de alma, nos unimos, en Cristo y la Iglesia, a todos aquellos que dignamente reciben el Santísimo Sacramento, aunque estemos físicamente

distantes, pues la vida de la gracia nos hace ramas de la misma vid (cf. Jn 15, 5) y miembros del mismo Cuerpo, según las palabras del Apóstol: "¿El cáliz de la bendición, que bendecimos, no es comunión con la Sangre de Cristo? ¿Y el pan que partimos no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque hay un solo pan, nosotros, aunque muchos, somos un solo Cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (I Cor 10, 17).

Ella es prenda de la vida eterna

La Eucaristía es, pues, "sacramento de piedad, señal de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en que se recibe Cristo, el alma se llena de gracia y nos es concedida la garantía de la gloria futura". Es este el tercer efecto que la Comunión produce en nosotros, llamado escatológico, porque dice respecto a los últimos acontecimientos del hombre: muerte, juicio, salvación o condenación eternas.

Prenda es la entrega de un objeto como garantía de cumplir cierta promesa hecha a alguien. Por ejemplo, cuando se quiere determinado préstamo del banco, se puede preñar una joya. Después de evaluada la pieza, se recibe determinada cantidad, y la institución financiera retiene el objeto de valor, en señal de garantía de que se pagará el préstamo.

Ahora, la afirmación de que la Eucaristía es "prenda de vida eterna" envuelve un significado esperanzador: todas las veces que comulgamos, en las debidas condiciones, recibimos la prenda de pasar por el juicio divino y alcanzar la vida eterna, respaldados por la afirmación del Divino Maestro: "Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna; y Yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6, 54). Pero, para tal, la muerte debe cogernos en las disposiciones de alma necesarias para estar aptos de recibir la Eucaristía, en ese momento último, aunque por deseo.

La Santa Iglesia siempre incentivó que, en peligro de muerte, los cristianos reciban la Sagrada Comunión. Sacramento que, in extremis, recibe el nombre de Viático. Era así que se llamaba el alimento reservado para un viaje largo, y de ahí deriva el nombre de esa Comunión última, administrada a quien parte definitivamente rumbo a la Patria Celeste.

El III Concilio de Cartago (397) prohibió la costumbre difundida entre algunos cristianos, de colocar una Hostia consagrada en la boca de los difuntos, antes de ser sepultados. Por medio de tal práctica, se creía que los fallecidos portarían la prenda de la salvación eterna.

Actitud, sin duda, reprobable e ingenua, pues se trataba de cadáveres desprovistos de alma. Entretanto, ella no deja de revelar cuánto los cristianos tenían presente, ya en aquel tiempo, el valioso efecto escatológico de la Comunión.

Papel de la Santísima Virgen

Delineados algunos trazos de la primera dimensión de la Eucaristía, dejemos las otras dos para artículos posteriores. Pero detengámonos, antes de concluir, en una referencia a Nuestra Señora, pues este augustísimo Sacramento es, de algún modo, "prolongamiento de la Encarnación". En la Última Cena, Jesús no podría haber dicho "esto es mi Cuerpo" o "este es el cáliz de mi Sangre", caso no hubiese recibido un cuerpo de las entrañas de la Virgen María. Concibiéndolo físicamente, Nuestra Señora preparó y, en algo, anticipó la Sagrada Comunión, tanto por haber contribuido con la realidad física del Hombre-Dios, cuanto por Él haber habitado el interior de su claustro virginal, durante nueve meses.

Así, sea nuestro "¡amén!", al recibir la Sagrada Comunión, también un prolongamiento de la fe de la Santísima Virgen, cuando respondió "hágase" al apelo del Ángel, por el cual le anunciaba que el propio Dios sería fruto bendito de su vientre.

Por el P. Alex Barbosa Brito, EP